

ELEVACIÓN Y CAÍDA DE GREGORIO

Traducción de Inés de Cassagne

“¿Quién me dará en el desierto un asilo de viajero? Entonces dejaré mi gente y me alejaré de ellos. Pues todos son adúlteros, una asamblea de transgresores; y han tensado su lengua, como un arco, para lanzar mentiras, no verdad.”

1

Esto es para ti, Basilio, de mi parte –así Gregorio hace volar su discurso hacia Basilio,- ja ti esta ofrenda desde una lengua que una vez te fue muy querida! jde parte de tu compañero en honor y en edad! Si alcanza a ser digna de ti, el mérito es tuyo; pues es apoyándome en ti que he emprendido esta oración que te concierne. Pero si resulta inferior y muy por debajo de mi anhelo, ¿qué podía esperarse de alguien doblegado por los años y los disgustos, y que te echa de menos? Sea como sea, Dios acepta la intención de hacer lo mejor que podemos. ¡Y tú, corazón divinizado y sagrado, vela desde arriba sobre mí! ¡Que por tu intercesión me vea libre de esta espina en mi carne que Dios me ha dado por disciplina, o bien convénceme que la soporte con coraje! ¡Ojalá puedas dirigir mi vida entera hacia lo más conveniente! ¡Y que cuando tenga que partir de aquí, puedas entonces recibirme tú en tus tabernáculos! (Orat. 43)

Gregorio compuso este discurso al retornar a Cesarea desde Constantinopla, tres años después de la muerte de Basilio; tres años muy ocupados, turbulentos y llenos de acontecimientos, durante los cuales se había mostrado completamente diferente de lo que fuera antes. Mas ahora todo había pasado y terminado, y estaba a punto de retomar aquella misma soledad en que estaba cuando murió Basilio.

Gregorio detestaba el trato social rutinario; detestaba los negocios eclesiásticos, detestaba la publicidad, detestaba la lucha, sentía sus propias múltiples imperfecciones, temía deshonorar su profesión, y perder su esperanza; amaba la independencia de la soledad, la tranquilidad de la vida privada; el ocio para la meditación, la reflexión, para autogobernarse, para el estudio, y la literatura. Admiraba, pero satirizaba, los pensamientos elevados y los heroicos esfuerzos de Basilio. Sin embargo, a su muerte, se hubiera dicho que el espíritu de Basilio se instaló en Gregorio: en cuatro meses se había convertido en el predicador de la fe católica en una metrópoli herética, había formado una congregación, había instalado un lugar aparte para el culto católico y había sido lapidado por el pueblo. ¿Era Gregorio o era Basilio el que sonaba la trompeta en Constantinopla, y llevaba adelante una guerra exitosa en la propia sede del enemigo, a pesar de todas las fluctuaciones de su espíritu, de todas sus vacilaciones, de sus decepciones, de su disgusto por sí mismo y su amor por la calma? Tal era el poder del gran Basilio, triunfante en su muerte tras haber sido derrotado a lo largo de su vida. En el lapso de cuatro o cinco años desde su partida hasta su recompensa, se habían

realizado, o estaban por realizarse, todos los objetivos que él se había propuesto, a los que vanamente había apuntado y aguardado con dolor. Sus ojos habían desfallecido en la espera: esperando que amaneciera, antes se los cerró la muerte. Basilio falleció el 1º de enero de 379; el 19 del mismo mes, fue revestido con la púrpura imperial el glorioso emperador Teodosio; a partir del 20 de abril, Gregorio había formado una Iglesia en Constantinopla; en febrero del año siguiente, Teodosio se pronunciaba a favor del Credo de Nicea; en noviembre, devolvía las iglesias de Constantinopla a los católicos. En el próximo mayo convocaba en esta ciudad el segundo Concilio General, que consiguió la pacificación de la Iglesia de Oriente, con el rechazo de la gran herejía que la había estado turbando¹ (y en alguna medida, para el futuro) logró la unión con la Iglesia de Occidente. “*Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius*”²

Tales fueron las circunstancias. Gregorio había atravesado por múltiples pruebas y trabajos. Él, anteriormente recluso, había llegado a ser a un tiempo predicador, confesor, metropolitano y presidente de un Concilio General. Ahora volvía a Asia como simple Gregorio, para ser lo que había sido antes, para meditar y hacer penitencia, para leer y escribir poemas, para hacer silencio como en los primeros años. Salvo que ahora estaba solo³ –su amigo muerto, su padre muerto, su madre muerta, muerto su hermano Cesáreo y muerta su hermana Gorgonia, y él mismo muerto al mundo, si bien vivo aún en la carne durante unos ocho penosos años. En tal momento y en Cesarea, escenario de los trabajos de Basilio, Gregorio hizo el discurso al que nos hemos referido arriba, invocando al espíritu glorificado de Basilio. Y su invocación termina así:

Y cuando yo me vaya de aquí abajo, que puedas tú recibirme en tus tabernáculos. Así, habitando juntos y contemplando juntos con más claridad y perfección la Santa y Bienaventurada Trinidad (cuya visión recibimos ahora en pobres vislumbres), que podamos llegar a la meta de todos nuestros deseos, y recibir el premio del combate que hemos sostenido y soportado. A ti, pues, estas palabras mías; pero de mí ¿quién hará la alabanza, al dejar la vida después que tú? Que al menos pueda vivirla de manera digna de elogio: en Cristo Jesús nuestro Señor, a quien sea la gloria por siempre- Amén.

2.

Las circunstancias que llevaron a Gregorio a Constantinopla fueron las siguientes: en ese momento hacía unos cuarenta años que la Iglesia de Constantinopla había perdido la bendición previa de la ortodoxia, en la enseñanza y en la liturgia. Pablo, el que fuera elegido al comienzo de aquel período, había sido desterrado cuatro veces por el partido arriano y sufrió al cabo el martirio. Había sido suspendido en su sede, primero por Eusebio, el jefe de los arrianos, quien negaba la divinidad del Señor; luego por Macedonio, cabeza de quienes negaban la divinidad del Espíritu Santo; y después por Eudoxio, el que arrianizó a las tribus de los godos. Al morir este último –año 379-, el resto de los católicos eligieron como obispo a Evagrio, pero éste fue desterrado inmediatamente por el emperador Valente; y cuando ellos le pidieron que revisara tal

¹ La herejía de Apolinar, según el cual El Verbo no hubiera asumido toda la naturaleza humana sino sólo la parte superior del alma –en consecuencia, la redención era ineficaz pues no abarca a toda la naturaleza humana; es una reducción de la “encarnación”, mientras la herejía de Arrio, condenada en el Concilio de Nicea, de 325, desmerecía “lo divino” en Jesús. Contra esto el Credo de Nicea afirmaba que Jesús: era “Dios de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, consubstancial al Padre”.

² Refiriéndose a Basilio, cita el salmo: “preciosa es ante los ojos del Señor la muerte de sus santos”

³ Nota de Newman: *Vid. Greg. Ep. 80, y Carm. p. 990*

decisión, los ochenta eclesiásticos que le llevaron sus quejas, por este su cristiano celo fueron sometidos a un atroz castigo: quemados vivos en el mar sobre el mismo barco en que los embarcaron. En aquel año 379, accedió al trono del imperio oriental el ortodoxo Teodosio, pero este hecho no modificó enseguida el destino de la Iglesia en su metrópolis. El conjunto del pueblo y, cosa rara, en su mayoría las mujeres, permanecían aferradas al arrianismo, y amenazaban con violencias a quien se atreviese a predicar la doctrina verdadera. Tal era el estado interno de la Iglesia. A esto hay que agregar la actitud de sus enemigos externos: los Novacianos, los Eunomianos, y los Apolinaristas semi-arrianos. A éstos ya nos hemos referido. Los Novacianos, aunque en doctrina eran ortodoxos, poseían un episcopado cismático con numerosos templos en la ciudad. Los Eunomianos enseñaban descaradamente la herejía arriana y habían establecido un obispo suyo. Así estaban las cosas cuando los fieles a la ortodoxia en la Iglesia de Constantinopla, apoyados por los obispos vecinos, lo invitaron a presidirla a Gregorio –cuyas dotes intelectuales y religiosas conocían bien-, en lugar del herético Demófilos., al que Valente había instalado allí hacía tres años.

La actuación de Gregorio y sus peripecias en Constantinopla pueden ser resumidas en pocas palabras. Gracias a la generosidad de un pariente, se le acondicionó un lugar de culto. Allí empezó a predicar la doctrina verdadera: al principio, en medio del desprecio, luego en medio de la rabia y la violencia, de la población arriana. Su auditorio fue creciendo; él fue lapidado por la multitud, y llevado ante las autoridades civiles, acusado de provocar un motín. Sin embargo, finalmente fue reconocido como obispo por Teodosio, quien, al visitar la capital, le acordó las prebendas temporales de su sede. Así y todo, continuaba la oposición popular y lo seguían vejando los demás obispos, por lo cual, durante las sesiones del segundo Concilio General convocado en Constantinopla⁴, Gregorio renunció a dicha sede episcopal.

No agregaré nada más acerca de la carrera pública de San Gregorio; pero antes de dejar este tema me veo tentado a hacer dos reflexiones.

Primero, tenía cincuenta años cuando fue llamado a Constantinopla –consolador pensamiento para quienes ven que la curva de sus vidas corre bajo sus pies sin que hayan hecho nada aparentemente-. Gregorio no fue nada hasta llegar a ser casi un viejo; si hubiera muerto a la edad en que murió Basilio, no hubiera hecho nada. Eran coetáneos, y a la misma edad, Basilio había completado su obra y fue arrebatado; antes que Gregorio en cambio comenzara la suya.

La segunda reflexión que surge de por sí es: en qué poco tiempo cumplen los hombres la obra para la cual nacieron y que ha de darles un nombre para la posteridad. En la historia se los conoce como los promotores o como los instrumentos de dicha obra – como gobernantes, políticos, filósofos, o combatientes-; y cuando nosotros examinamos las fechas, con frecuencia descubrimos que las hazañas, o los descubrimientos, o la influencia, que los hizo famosos, no duró más que pocos años en sus largas vidas, como las plantas que florecen una vez y nunca más. Sus temperamentos éticos, sus talentos, sus adquisiciones, sus acciones, aparecen concentradas en una crisis. En lo referente a los anales del mundo, no revelan su existencia ni antes ni después. Gregorio vivió sesenta años: su carrera eclesiástica duró solamente tres.

⁴ año 381

Cuando, dejando de lado esa vida eclesiástica, enfocamos a Gregorio en su carácter personal, aparece ante nuestros ojos el cuadro de un hombre de cálidos afectos, disposición amable, y vida inocente. Como hijo, lleno de respeto, ternura y atenta solicitud; como amigo o compañero, vivaz, alegre, y de corazón abierto; desbordante de espontáneos sentimientos y expresándolos fácilmente; simple, bueno, humilde, sencillo. Sus aspiraciones eran elevadas, propias de un santo, su vida fue extremadamente ascética, y su conciencia, todavía más sensible a lo enfermo y pecaminoso. Al mismo tiempo, se sentía afectado por alternancias de sentimientos; no tenía la fortaleza de mente ni el autocontrol requeridos para resistir todo el tiempo; y estaba sujeto, hasta muy mayor, a asaltos de irritabilidad, de miedo y otras pasiones, que uno pensaría podría haberlas vencido, no digamos ya con auto disciplina, sino con los años. Eran meras tentaciones y defectos que no le impidieron para nada llegar a ser un santo: resultan por ello consoladoras para nuestros corazones débiles y nuestras frágiles voluntades. El precedente de Gregorio nos anima: el ser como somos no obstaculiza el favor de Dios. Estos son algunos de los rasgos principales del carácter de Gregorio; y los extractos de obras suyas que siguen, en verso y prosa, tienen por objeto ilustrarlos en cierta medida.

A primera vista, muchos podrán sorprenderse ante el estilo retórico de sus sermones, o mejor dicho, sus oraciones, como justamente se les llama. El pasaje que sigue da cuenta de esta característica. Él consideraba que en Atenas, estando todavía en el mundo, había ganado un precioso talento, la ciencia de pensar y de decir; y después consideró que no debía renunciar a lo que tanto le había costado, sino consagrarlo a usos religiosos:

Esto se lo ofrezco a Dios, dice, le dedico lo único que me es propio, lo único en lo cual soy rico. Pues he sometido todas las demás cosas a los mandamientos y al Espíritu; y he cambiado todo lo que tengo por la perla preciosa; y me he convertido, o trato de convertirme más bien, en el gran mercader que compra cosas grandes e imperecederas con lo que es pequeño y perecedero. Yo solamente retengo el discurso, como siervo de la Palabra, y nunca descuidaría voluntariamente esta posesión; sino la honro y la abrazo; y me complazco más en él, que en las otras cosas en que se complace la mayoría; y hago de él mi compañero, y buen consejero, y asociado, y guía hacia el Cielo, y compañero siempre listo. Yo le he dicho a la Sabiduría: 'Tú eres mi hermana'. Con esto refreno mi ímpetu colérico, con esto apaciguo la devastadora envidia, con esto aquieto la pena que encadena el corazón, con esto contengo la ola del placer, con esto pongo un freno, no a la amistad, sino a la antipatía. Esto me modera en la buena fortuna, y eleva mi alma en la pobreza; esto me anima a correr con el viajero próspero y a tenderle una mano al que se cae; a ser débil con el débil, y alegre con el fuerte. Con esto, el hogar y la tierra extranjera son lo mismo para mí, así como los cambios de lugar, sin sentirme extraño ni tampoco afincado. Esto me hace ver la diferencia entre dos mundos, me retira de uno y me une al otro. (Orat.6,6)

Cuando fue ordenado sacerdote, se fue rápidamente al Ponto, y solo después de un tiempo volvió a Nacianzo. Y explica:

La causa principal fue mi sorpresa ante este evento inesperado. Como los que se quedan consternados por sonidos repentinos, no pude contener mi poder de reflexión, y

por eso le tomé grima a mi propiedad, que hasta entonces me había gustado. Además, me atraía de por sí la belleza moral de la quietud y el retiro. En verdad, me había sentido atraído por esto desde el principio, más que cuantos estudiaron letras, y cuando estuve en grave peligro hice voto de entregarme a esta vida, e incluso llegué a su umbral. Por esta razón no soportaba ser tiranizado y arrojado en medio del tumulto, ni que me arrancaran de este género de vida, cual de un sagrado asilo. Pues me parecía que nada podía superar al momento en que, cerrando los sentidos, libre de la carne y del mundo, retirado en mi interior y sin tocar nada humano, excepto lo estrictamente necesario, podía conversar conmigo y con Dios, y vivir por encima de las cosas visibles, sosteniendo la divina visión siempre clara, pura de las impresiones movedizas del mundo: en un verdadero espejo impoluto de Dios, ahora y siempre, agregando luz a luz, más brillo a lo tenue, recogiendo incluso ahora en esperanza la beatitud del mundo futuro, -y asociado a los Ángeles a pesar de estar aun en la tierra, dejando la tierra al ser elevado por el Espíritu. Quienquiera haya sido rozado por este amor, conoce lo que estoy diciendo, y ha de ser indulgente conmigo al valorar aquellos momentos. (Orat.2)

Se confiesa incapaz de forzarse para emprender un gran riesgo, ni de intentar aventuras ambiciosas, por lo cual prefiere resguardarse y mantenerse a salvo.

¿Quién se expondría, cuando ni siquiera se ha consagrado ni ha aprendido todavía a recibir la oculta sabiduría de Dios en el misterio? ¿Quién se arriesgaría, siendo todavía casi un bebé que se alimenta de leche, que no cuenta aún en Israel y no está en condiciones aún de ser alistado en el ejército de Dios, que todavía es incapaz de cargar virilmente la Cruz de Cristo, no siendo ni siquiera un miembro honroso de su Cuerpo? ¿Quién, a pesar de todo esto, se prestaría con rapidez y gozo a ser colocado a la cabeza de la plenitud de Cristo⁵? Nadie, -si se me permite el consejo-, porque este puesto implica la máxima inquietud, el máximo peligro, para quien comprenda la grandeza de cumplir con éxito y qué ruinoso en cambio sería fallar. Por esto digo: que otro navegue y comercie, cruzando el vasto océano, a merced de la compañía constante de los vientos y las olas⁶, para ganar mucho, si puede, con gran riesgo. Esto puede convenirle a un hombre apto para la navegación y el comercio. Pero yo prefiero mantenerme en la tierra, trabajando un campito pequeño y querido, saludando a distancia al lucro y al mar, y poder vivir así, de una simple hogaza de pan, subsistiendo a lo largo de una existencia sin inquietudes y sin pretensiones, en lugar de aventurarme en peligros enormes por una ganancia enorme. Ciertamente, para una mente encumbrada es un castigo no lograr grandes cosas, no ejercer sus capacidades dirigiendo a mucha gente, y tener que resignarse en cambio a lo pequeño: sería como usar una luz potente para alumbrar a una casita o la armadura de un hombre para ponerla a un niño. Pero para el pequeño es bueno arrastrar un peso pequeño, y no emprender cosas más allá de su poder, que lo expondrían tanto al ridículo como al riesgo. Igualmente, corresponde que construya una torre sólo aquel que está en condiciones de terminarla⁷. (Orat.2)

⁵ quiere decir: asumir el cargo de obispo, en representación de Cristo (cabeza) en la Iglesia que es el cuerpo de Cristo

⁶ otra imagen evangélica: la Iglesia como un barco en medio de las tempestades del mundo a lo largo de la historia.

⁷ Nota de Newman: Ver Ef 1,23.

Claro está que el amable y humilde Gregorio resultaba incapaz de gobernar aquella Iglesia y provincia de Constantinopla, indignas de él, aunque lo reclamaban. Basándose en acusaciones de incompetencia, la oposición logró prevalecer en su contra durante el segundo Concilio General. El próximo extracto nos mostrará qué idea de “aptitud” apreciaban sus enemigos. La verdad es que Gregorio no era para nada lo que se llama, con razón o no, un hombre de partido. Si bien quizás carecía de la sagacidad, penetración, vigor y decisión, que a un hombre público le vale a veces ser tachado de tal, por otro lado en cambio poseía cualidades que lo libran de ese reproche: un corazón bondadoso, no egoísta, clemente. Se lo acusaba de no ser suficientemente severo para con sus enemigos vencidos; y él replicó:

Fíjense en los cargos que se me hacen. Ellos me dicen: ‘Has tenido tanto tiempo para gobernar la Iglesia en el momento crítico, y con el favor del Emperador, lo cual es de suma importancia: ¿qué síntoma de cambio hay? ¡Tantos perseguidores tuvimos y tantas miserias aguantamos antes! ¡Qué de insultos, qué de ataques, qué de exilios, qué de saqueos, qué de confiscaciones, cuántos de nuestro clero arrojados al mar, cuántos templos profanados con sangre de santos, de templos convertidos en carnicerías! ¿Y después qué? Hemos logrado ser más fuertes que nuestros perseguidores, ¡y ellos se han escapado!’ Así es. Para mi es suficiente desquite contra los que nos injuriaban el tener poder de represalias. Pero mis objetores opinan diferente: muy estrictos y justicieros, se regocijan con la ventaja acechando la oportunidad para aplicarlas. ‘¿Qué prefecto ha sido castigado?’ –dicen- ‘¿qué incendiario del populacho ha sido reconducido a la razón? ¿qué temor hemos conseguido imponer para el futuro?’ (Orat.42)

Gregorio llevaba un tren de vida demasiado modesto sin la pompa que pretendía la ciudad lujosa y exigente. Ellos querían “un rey como los gentiles”⁸. Alguien con prestancia que desfilase haciendo crujir su ropaje de seda, una especie de predicador o teólogo para aristócratas, dispuesto a hacer y deshacer leyes, y ser lo que se considera como digno y grande. Y en lugar de ello tenían al pobre, querido y buen Gregorio, un monje de Nacianzo, un personaje que, a pesar de sus reconocidas ciencia y elocuencia, conservaba un alma de niño, y carecía de ciencias mundanas, sin modales, sin conversación, sin astucia; tímido e huidizo de la alta sociedad, incapaz de hacerse valer en una tribuna pública, y hasta incapaz de poner orden en una sacristía moderna.

Quizás también –sigue diciendo- pueden reprocharme, y muchos lo hacen, por no tener una buena mesa ni vestirme con lujo, por no imponer mi imagen cuando estoy en el extranjero, y por no aparecer con pompa ante el pueblo. Ciertamente, me olvido de que debo rivalizar con cónsules, prefectos e ilustres gobernantes, que poseen más riquezas que ideas sobre lo que deben hacer con ellas. Si lo mío es detestable, no me doy cuenta; que se me perdone este error; en mi lugar, que elijan un jefe a gusto de la mayoría; y que me devuelvan a la soledad, a la rusticidad, a Dios al que complaceré a pesar de mi parsimonia

⁸ Referencia a la historia del pueblo elegido, cuando ya no le bastaban los “jueces” que Dios le iba enviando, sino le requerían “un rey como lo tienen los gentiles”.

Así es mi carácter –decía un poco antes- Yo no coincido en muchos puntos con la mayoría, y no puedo persuadirme a seguir su ritmo; esto podrá ser rudeza o torpeza, pero es mi carácter. Lo que a otros les gusta, a mí me aburre; y lo que a mí me gusta les aburre a otros. En verdad, no me sorprendería siquiera que me alejen como peligroso, ni ser considerado insensato por la muchedumbre, tal como se dice que le sucedió a un filósofo griego, cuya sabiduría fue acusada de locura, porque se reía viendo que las cosas serias de la mayoría eran en realidad ridículas. Tampoco me sorprendería que me tomaran por borracho, como a los discípulos de Cristo, por hablar en nuevas lenguas, en cuyo caso el poder del Espíritu fue confundido erróneamente con excitación de la mente. (ibid.)

Hay un pasaje similar de Gregorio después de haber renunciado, escrito en verso, del cual doy aquí una versión indigna en prosa.

Este bien: –dice- estar solo, libre y seguro en adelante, sin restricción ni peligro de captura -mi alma entera elevada hacia Cristo. Ya no más diversiones a la mesa de un príncipe mortal, como hasta ahora yo, Gregorio, buscando un poco de bienestar, en medio de ellos, tímido y sin palabras, respirando sin libertad, festejando como un esclavo. Ningún magistrado ha de castigarme con un sitial, a su lado o más abajo, asignándole el lugar que corresponde a un pobre demandante. Nunca más he de estrechar manos manchadas con sangre, ni he de acariciar barbas, para ganar algún pequeño favor. Nunca más tampoco he de concurrir en tropel a fiestas sagradas de cumpleaños, de entierro o de casamiento, aprovechando para engullir lo más posible, y pasarle algo a los servidores que tienden las palmas hambrientas, como las de Briareo. E irme después, sepulcro viviente, a hora avanzada, arrastrando mi carcasa dolorida hasta mi casa, exhausto y jadeante, y a pesar de ello apurado por otra fiesta succulenta, antes de haberme sacado de encima la reciente indigestión. (Carm.II, 17)

Si una mera fiesta familiar lo llena al que está habituado a comer pan y agua; cuánto menos podía soportar Gregorio una fiesta pública, y ni siquiera un banquete moderado.

5

Al retornar a Asia, primero permaneció un tiempo en Nacianzo; de donde pasó a Arianzo, el lugar de su nacimiento. Aquí paso toda la Cuaresma sin hablar, en vistas a gobernar su lengua, sintiendo dolorosamente su deficiencia en ello, como en otros puntos. Le escribió a un amigo las siguientes observaciones: “¿Me preguntas qué significa mi silencio? Significa medida en el hablar, y no hablar. Porque quien puede hacerlo totalmente, podrá hacerlo con más facilidad en parte. Además, se calma la cólera cuando no se la traduce en palabras, y se extingue en sí misma.” (Ep.96). Y de nuevo: “No te prohíbo que vengas a verme; aunque mi lengua esté quieta, mis oídos estarán gustosamente abiertos a tu conversación, ya que escuchar lo adecuado no es menos apreciable que decirlo.” (Ep.97). Y nuevamente: “Hago silencio en la conversación, para aprender a hablar lo que debo hablar; sobre todo, me ejercito en gobernar las pasiones. Si esto le satisface al que pregunta, está bien; si no, al menos el silencio otorga la ganancia de no haber entrado yo en explicaciones.” (Ep.98)

Gregorio tenía entonces cincuenta y dos o cincuenta y tres años. Es notable que un hombre a esa edad tome medidas tan vigorosas para vencerse.

Los siguientes extractos de sus poemas aluden a las mismas o a similares carencias:

*Señor, he perdido el control de ayer;
La cólera vino y me robó el corazón.
¡Oh! ¡que la luz de la mañana pueda persistir hasta la noche!*

Otra vez:

*¡La serpiente vino de nuevo! A Tus pies suplico:
¡Ayúdame, David! ¡Ayúdame pulsando las cuerdas de tu lira armoniosa!
¡Fuera, espíritu de turbación, fuera, retírate a tu propio infierno!*

Los poemas aluden a una u a otra tentación; si bien quizás no es conveniente atribuirle a un poeta, en su persona, todo cuanto dice sobre sí mismo.

He aquí sus pensamientos sobre

LA MAÑANA

*Me levanto, y elevo mis manos juntas hacia Ti.
De aquí en más la oscuridad no tiene parte en mí.
Hoy es día de Tu sacrificio;
Heme aquí firme, y con el poder de un hombre libre
Oponiéndome a las olas de la pasión en el combate.
¡Ah! ¡si me perdiese lejos de Ti,
Mi cabeza canosa, Tu altar sobre cual me inclino
Han de ser mi vergüenza, cuando son ahora mi honor.
Así me despierto: -¡Señor, guíame en mi camino!*

Y después, tras “el peso y el calor del día”, lo hallamos mirando atrás cuando llega

LA TARDE

*¡Oh Santísima Luz, cuánto te he mentido!
Había prometido que este día habría de ser Tu fiesta,
Empero, estoy a oscuras antes de la noche.
Cierto, recé y pensé
Que iba a poder conservar Tu rayo matutino
Inmaculado y brillante,
Pero mi pie resbaló, y así caído, me asaltó
Mi sombrío enemigo, y y me arrancó la llama celestial.
¡Ayuda mi oscuridad, Señor, hasta que vuelva la luz.*

En los versos de la mañana cabe notar una alusión a su sacerdocio. Las líneas que siguen contienen referencias más explícitas al mismo, y quizás también a la Penitencia:

*Estoy en pie al servicio de la fiesta mística,
Limpiando a Tu rebaño-víctima y acercándolo
Más santo y sabio por el rito incruento.
¡Oh Fuego de Amor! ¡Oh Fuente que emana Luz a borbotones!*

*(bien la conozco yo que necesito ser limpiado por Tu mano),
Temible oficio éste, el de quitar a las almas enlodadas
su inmundicia, para que vuelvan a ser brillantes.*

Podría haber en lo anterior una alusión que nos introduce en lo que sigue:

*Habiendo visto el pecado hasta en sus mínimos trazos,
El asesinato ya en la cólera, y en el juramento frívolo
la lengua perjura, por ello decidí evitarlos
y juzgué que era más seguro guardar una estricta virginidad.
De allí que las almas muy santas en nuestro amplio coro,
Siguen a los inmateriales serafines,
y Aquel en medio de los cuales reina, en la luz solitaria.
A estas almas, cada una y en conjunto, les atrae la idea de la muerte
Y la esperanza de la otra vida, y así de todo corazón
Renunciaron a ley y al lazo del voto matrimonial.
Yo mismo al nacer era solo un cautivo,
Pecado fue mi primera vida, hasta sacudir su vil cadena
y volverme hacia un camino más noble
Cuando Cristo se me acercó, y el que nació de una Virgen
me convocó a unirme a su corte de vírgenes.
Así yo elevo ahora hacia el más alto Cielo
Exultante, mi inocente frente, sin trabas,
-sin dejar herederos de esta pobre tienda,
que me imiten cuando este pobre marco se quiebre-
sino estoy solo con mi solo Dios,
en compañía de almas sinceras.*

6

Resulta que tenemos una gran parte de la poesía de Gregorio, escrita como recreo en su retiro y que sin duda no pensó nunca publicar. De una de estas composiciones elegimos un juguetón extracto sobre el mismo tema:

*Cuando la mano quiere pintar alguna forma imitada,
Marca primero su propósito delineando un esquema,
Y aplica luego su gama de variados colores,
Hasta que el esbozo se atenúa y aparece la cosa plena.
Así también en la primera escuela de ciencia sagrada
La vida virginal no se atrevió a reclamar honor,
Mientras en la edad juvenil de la religión, la ley lo insinuó
Trazando el símbolo velado de esta vida mejor.
Pero cuando nació Jesucristo de una Virgen
-cumpliendo así su radiante paso desde lo alto del Cielo a la tierra
dejando al Padre por la condición mortal-,
fue entonces cuando consagró a Eva y sus hermanas:
disolvió las leyes de la carne, y en lugar de la letra
nos dio el espíritu y la palabra de gracia.
Brilló entonces el glorioso celibato
Fulgurando con los deslumbrantes rayos de su fuerza,*

*Sobrepasando los encantos de la vida y la alianza matrimonial,
Como sobrepasan el alma al cuerpo y el Cielo a este mundo de abajo,
La eterna paz de los santos, a este fugaz instante de vida turbada,
y como el trono de Dios sobrepasa a las moradas humanas.
¡Y he aquí ahora unos círculos que se mueven en torno al Rey de Luz!:
cielo en la tierra, corte inocente luminosa
que solo busca brillar como un emblema de su Dios
con Cristo en sus corazones, y su signo sobre sus frentes,
suaves luces funerarias en la sombra crepuscular del mundo,
contemplando a su Dios y siendo una sola cosa con Él.*

*Ahora me dirijo a la innumerable muchedumbre y le digo:
¡que sean felices inclinados ante el suave yugo del lazo matrimonial!
Distingo ya pasos altaneros y miradas decididas,
Joyas en la cabeza y vestidos de seda.
Que vengan y expongan los beneficios del matrimonio,
Después le daremos la palabra al solitario.*

*Muchos casados, creo, podrían defenderse así,
Suelta la lengua y con rostros confiados:
“Que escuchen, todos los que viven según el rito nupcial
que confiere el privilegio de transmitir la vida y la luz.
Nosotros, casados, cumplimos la ley que por creación
nos fue impresa en nuestra sangre y en nuestro limo
cuando el demiurgo nos modeló y abrió el costado de Adán
e hizo de una criatura humana, otra.
Permitid, pues, que los hijos de esta mortal estirpe
honren la ley de la tierra, la primera ley de Dios.
Escuchad y aprended los preciados dones acordados,
inseparablemente unidos al lazo matrimonial.
¿Quién enseñó las artes de la vida, las verdades que duermen
en la tierra, en el alto cielo y en el vasto espacio?
¿Quién llenó los mercados y empujó los audaces navíos
uniendo países lejanos al navegar sobre las olas?
¿Quién edificó las ciudades? ¿Quién dio el tipo y el germen
de la unión social y del cetro firme?
¿Quién fue el primero en trabajar, hundir el arado en la gleba,
cultivar el jardín? Alguien ligado por la promesa matrimonial.
Sí, ¡escuchad vosotros que buscáis una cadena suave
de un otro yo-mismo, de una doble presencia!
Nosotros tenemos manos, ojos y oídos para obrar y sufrir aquí,
con el débil que inspira amor y miedo a la vez,
con el suspiro de un compañero para dulcificar la inquietud,
con la sonrisa de un compañero para aumentar el gozo.
No digáis que esto nos entrega a una vida carnal:
cuando apremia la necesidad, compartimos los temores y los anhelos.
Liviano queda el corazón que no carga en el hogar su yugo
y se limita a rezar para que haya buen tiempo....
En cambio, la esposa y el hijo, bienes que vienen y se van,
nos enseñan las necesidades y nos llevan a confiar y a rezar.*

*Quitad el amor y la vida quedaría desfigurada.
¡Horrorosa visión de un desierto lleno de aullidos,
Rudo, desalmado, despojado de los dulces encantos que calman
las tormentas de la pasión y alegran la vejez!
Allí no hay cantos infantiles que nos rejuvenecen,
Ni lugares públicos para entretenerse.
¡Oh vida desdeñosa de los dones que el cielo le asigna
y que desconoce la simpatía humana!*

*Así presenta su defensa el matrimonio.
Dejemos que ahora hable su rival (la Virginidad).
Triste y abatida, con las mejillas pálidas, descuidada en la ropa,
Sin sandalias, austera, rodea con un velo su rostro modesto.
Ha abierto los labios, pero no emite sonidos.
Me acerco a ella para decirle: “¡Salve, hija de los Cielos,
Gloriosa por dentro, a quien se le ha otorgado un lugar cerca del Trono,
junto a los ángeles que se inclinan con temor; sé que tienes aquí abajo
un nombre y una misión...mas dignate venir y danos la paz”*

*...“Ah, ¿quién me llama desde mi solitario retiro?
Allí, en el canto silencioso de las santas acciones,
Yo alabo a mi Dios y estoy en vela rogando por las almas que lo necesitan,
en los trabajos del día y en las vigilias de la noche...”.*
.....etc, etc.

No es más que una pobre traducción, o mera paráfrasis; pero he querido con ello dar a conocer algo del talento poético de este cumplido padre de la Iglesia.

Nuevamente debo advertir al lector que no crea hacerse una idea de la poesía de Gregorio con mis traducciones. Al que me objete que no está bien tratar así a Gregorio, le respondo que al menos soy fiel al sentido del original, y con esto también me despido de este gran teólogo de personalidad tan atrayente.